

de la Higuera (diferencia López Estrada la actitud del Romancero de la de Mena: para éste no cabe convivencia posible con el moro). La *Danza General de la Muerte* sirve para presentar el punto de vista crítico de esta corriente poética; se incide en su carácter dramático y en sus denuncias genéricas, no personales.

12) *Romancero medieval*: el estudio métrico preliminar se acompaña de múltiples ejemplos: López Estrada, con el «Romance del rey moro que perdió a Valencia», muestra la falta de conexión de este género con el de la poesía épica. Los romances fronterizos son ejemplificados con la comparación de tres versiones del «Romance de Antequera» (es uno de los mejores estudios de la *Antología*: basándose en las variaciones se explica el carácter tradicional de estos poemas). Dos muestras de «La gentil dama y el rústico pastor» sirven para presentar la entrada de la materia ficticia de las baladas europeas en España. El «Romance del Rey Búcar» es ejemplo de la fusión que se produce entre canción lírica y romance amoroso. El «Romance de la bien casada» (en dos versiones: una recogida de la tradición oral por López Estrada) plantea el asunto de la variabilidad formal externa de estas piezas. Como cierre se ofrece una de las primeras incursiones de un autor culto —Juan del Encina— en la función poética popular del Romancero: es el «Romance de la toma de Granada».

Antología, pues, en apariencia breve, pero de unas reflexiones, aportaciones críticas, observaciones ecdóticas tan complejas, que, en el interior mismo del libro, se van produciendo conexiones reveladoras de su gran utilidad. Puede señalarse, con toda justicia, que el conocimiento de la poesía medieval española empieza en la lectura de los dos libros aquí reseñados.

FERNANDO GÓMEZ REDONDO

ARIAS MONTANO, Benito: *Humanae Salutis Monumenta* (San Lorenzo de El Escorial: Swan, 1984).

13. Igual que en el grupo 3 y, luego, en el 11, uno de los mayores aciertos de esta *Antología* radica en ofrecer textos contrastados —casi opuestos— de una misma manifestación poética.

«One of the great humanists of the sixteenth century, the editor of the celebrated polyglot Bible of Antwerp, the friend of Fray Luis de Leon, Benito Arias Montano deserves an elaborate biography both for his own worth and owing to the interest of the times in which he lived, and the variety of affairs in which he took part on behalf of his master, Philip II of Spain...». Con esta sugerente convocatoria el hispanista británico Aubrey F. G. Bell iniciaba su estudio sobre la compleja y discutida figura del extremeño Benito Arias Montano; corría el año 1922 y el gracioso volumen aparecía impreso por The Oxford University Press, aunque veía la luz por el generoso impulso de The Hispanic Society of America con el n.º V de sus *Hispanic Notes & Monographs*, su consulta, a pesar de la apretada brevedad del volumen, se ha hecho clásica entre los interesados por la memoria del ilustre polígrafo. Bell recogía en sus páginas las variopintas noticias vertidas sobre su vida y su obra desde el interés académico de finales del siglo XVII, más lo añadido por la erudición regionalista decimonónica; a partir de él surge un interés y una dedicación más sistemática que la dispersa y emotiva evocación teñida veladamente de homenaje. Aparece la primera bibliografía rigurosa (Luis Morales Oliver: «Avance para la Bibliografía de Obras impresas del Dr. Benito Arias Montano», en *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, II (1928), págs. 171-236 que revisaba y acrecentaba la del emérito Barrantes en el tomo del *Homenaje* (Fregenal: El Eco, 1881, págs. 75-137) a la vez que ocupaba ubicación con la de Raimundo González en la misma revista, págs. 237-270); se exhuman documentos y datos significativos (F. Rodríguez Marín, *Nuevos datos...* (Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1923, págs. 55-63); Manuel R. Pazos: «En torno a Arias Montano y su Biblia. Cartas inéditas» en *Archivo Iberoamericano*, II (1942), págs. 469-484; S. Asensio: «Juan de Mariana y la Políglota de Amberes. Censura oficial y sugerencias de M. Bataillon» en *Gregorianum*, XXXVI (1955), págs. 50-80; R. Giammanco: «Sull'inautenticità del memoriale antigiesuitico attribuito a Benito Arias Montano» en *Archivum Historicum Societatis Iesu*, XXVI (1957), págs. 276-284; etc.); se abordan las claves de su actuación social y cultural (el número homenaje de la *Revista Española de Estudios Bíblicos* en 1928, con trabajos de R. García y García, B. Goñi, J. Luján, etc.; J. López de Toro: «Arias Montano escribe a Justo Lipsio y a Juan Moreto» en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LX (1954), págs. 538-543; Herta Schubart: *Arias Montano y el Duque de Alba en los Países Bajos* (Santiago de Chile/Madrid: Cruz del Sur, 1962), etc.) y se va lentamente perfilando las bases de su ideología, formación y significación. La extensísima producción del extremeño, que suma más de 70 obras, desperdigada en bibliotecas, archivos, documentos y textos colectivos, reclamaba este asalto de la erudición y la crítica; no obstante, la complejidad y la variedad de la obra cultural de Arias Montano ha dejado todavía más lagunas que tierra firme y la deuda quedaba pendiente hasta nuestros días.

Este liminar, al alcance de cualquier investigador medianamente informado e interesado en los vericuetos del mundo y de la literatura áurea, pretende una simple confesión de propósitos e intenciones, sin más aclaración que su utilidad. Podría evitarse fácilmente si los recientes editores de un texto de Arias Montano hubieran gastado algo más de tiempo y de dedicación y se hubieran ahorrado un interés y un esfuerzo reñido con la seriedad. A mediados del año pasado —según reza el lúdico colofón de la obra— la editorial Swan, S. L. Avantos & Hakeldama publicaba en el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial una cuidada edición facsímil de los *Humanae Salutis Monumenta* (en distinto papel que el resto del libro para facilitar sin duda la reproducción en offset) según la *princeps* de Cristóbal Plantino, Amberes, 1571, seguida de la traducción del texto latino según la versión de Benito Feliú de San Pedro aparecida en Valencia, en la Oficina de Benito Monfort, en 1774. Portica la obra un *exordium* (págs. 17-30) firmado por los propios editores y cierra la misma una «Bibliografía» (págs. 325-333) que, aunque elaborada básicamente por los editores, ha contado con la revisión de B. Reckers. El libro está bellamente impreso, con el cuidado que respira quien gusta del detalle y la estrategia editorial, lo compré recién aparecido y me agradó su presentación; no conozco a los editores y sólo puedo ofrecer al lector de estas líneas el juicio que tal vez él mismo elaboraría ajeno a cualquier *compromiso* previo.

El *exordium* está dividido en dos apartados; en el primero («Hacia la edición de las obras de Benito Arias Montano», págs. 17-21) se esbozan los pormenores de este magno proyecto que merece todos nuestros parabienes y se menciona brevemente la razón de comenzar con los *Humanae*. En el segundo («Breve semblanza histórica de Benito Arias Montano», págs. 21-30), sin el apoyo que suponen las notas y las citas necesarias, se sitúa al lector en una biografía del personaje al alcance de cualquier manual sin pretensiones. El prólogo no da más de sí. A continuación viene la edición facsímil y la traducción ya comentada y, al final, la Bibliografía. El estupor del lector interesado en el tema alcanza la máxima sorpresa al repasar las entradas bibliográficas: es imposible sumar más errores en tanto escaso espacio; no hablo de lo que falta (*vid. supra*: el libro de Bell; el estudio de Colin Clair —atribuido a M. Rooses, de quien desconocen su archicitadísimo *Catalogue du Musée Plantin-Moretus* (Anvers: Impr. J.-E. Buschmann y cito por mi ejemplar con dedicatoria autógrafa de 1883: «deuxième édition»); la *Bibliografía...* de José Simón; el único, aunque brevísimo acercamiento a nuestra obra: Román Ríos: «Los *Monumenta Humanae Salutis*» en *Revista Española de Estudios Bíblicos*, número-homenaje (1928), págs. 57-67; etc.), sino del desorden, la falta de rigor, los errores, la desidia y el desconocimiento más absoluto y despreocupado, sólo explicable por una incurable amnesia crítica y erudita. No merece la pena gastar papel en comentar este desastre impropio y absurdo, ¡si con estos criterios piensan abordar la edición de las obras de Arias Montano, anima-

mos desde aquí a los editores al abandono absoluto del intento! No hay excusa posible para tan ignominiosa despreocupación, el autor y su obra merecen menos adjetivos elogiosos teñidos de propósitos grandilocuentes y más rigor y seriedad llena de mesura.

Pero mi sorpresa no termina aquí, porque si lo dicho no es más que una nueva muestra de la incongruencia y la despreocupación crítica que caracteriza muchas de las empresas mitómanas de nuestra cultura — aunque, a veces, como en esta ocasión se tapen los agujeros con telares de Flandes—, sino que aumenta todavía más al observar que no se menciona en ningún lugar la naturaleza esencial de esta obra de Arias Montano; pues los *Humanae Salutis Monumenta* son un libro de emblemas, inserto en una riquísima veta cultural que recorre la Europa del renacimiento donde su aparición jugó un papel preponderante y son el representante más cualificado de una cosmovisión iconográfica y literaria que simboliza y encierra toda una época y una sociedad. Es más, con consultar simplemente una bibliografía clásica de la emblemática (John Landwehr: *French, Italian, Spanish, and Portuguese books of divices and emblems 1534-1827. A Bibliography* (Utrech: Haentjens Dekker & Gumbert, 1976) y este mismo autor tiene cinco repertorios más) se puede leer como Landwehr califica el libro de Arias Montano como «The first emblem book of a Catholic tendency» (pág. 1), aspecto de cuya importancia los editores, claro está, no se han apercebido. No quiero insistir en todo el abanico de posibilidades que desde su pertenencia genérica se podría comentar; era misión obligada de los *mentores* de la edición situar la significación del libro en el lugar histórico que le corresponde aun a costa de añadir unas horas al esfuerzo, si es que el tiempo puede curar determinadas incapacidades.

Quiero terminar con una última aclaración que dejo apuntada como aviso de futuras empresas. Si grave es no saber qué es exactamente lo que se edita, más grave todavía es ocultar una displicencia innata para moverse en el ámbito bibliográfico que se pretende recuperar. Me refiero a la historia formal de la propia obra editada. Los editores han escogido el ejemplar conservado en el Monasterio y tal cual lo han reproducido (pág. 6), pero no han conocido —o si lo han intuido, lo han callado consecuentemente— todo el laberinto de ediciones, reediciones, ediciones contrahechas que la obra tuvo sin salirse del siglo XVI; aprovechamiento de las láminas para otras ediciones ajenas al texto original, cambios de formato (en pág. 325 dan en 8.º el libro que editan a su tamaño de 4.º!), ordenamiento e intención, etc.; laberinto que deberían al menos haber hecho constar para orientar al lector desprevenido. Basta ojear dos o tres repertorios (y que busquen la cita si les interesa) para darse cuenta que cuando se ataca un impreso plantiniano existe detrás toda una historia bibliográfica y crítica (¡pobres Sabe y Voet!) que no se puede alegremente desconocer, cualquier crítico medianamente serio descalifica de inmediato provincianas aventuras como la presente, válidas para contentar a lectores con-

fiados y silenciosos, pero incapaces de engañar a quienes acostumbran a medir las fuerzas con el rigor y la objetividad. Quien pague como yo el precio que cuesta el libro, que sepa, que aparte de la belleza inalterable de un impreso flamenco, paga, premeditadamente, por una enorme carencia.

VÍCTOR INFANTES
Universidad Complutense